*La mujer y la promoción cultural**

Victoria Novelo

La cultura, palabra y concepto

El concepto "cultura" es uno de los más problemáticos que hay, tanto en el lenguaje de la vida diaria como en el académico. Las(os) antropólogas(os) definitivamente usamos la palabra de manera muy diferente a su uso generalizado, quizá porque es algo así como el origen de nuestra genealogía, nuestra madre en el sentido de que es la cultura la que constituye el eje de nuestros estudios y nuestra razón de ser como profesionales. Y porque, si nos fijamos bien, al menos en español, la cultura es femenina y eso tiene mucho de definitorio.

Cuando la antropología habla de cultura se refiere a aspectos de la vida humana muy distintos a los que las personas con otra formación piensan cuando hablan sobre cultura. La cultura, en un sentido básico o esencial, se refiere a lo que sintéticamente puede denominarse como "modo de vida", es decir, todo aquello que permite hablar de una cierta manera de vivir que incluye tanto las formas regulares del comportamiento (donde pueden distinguirse patrones) como las cosas de las que nos rodeamos y cómo las fabricamos y las usamos, hasta la manera en que percibimos e interpretamos el mundo en que vivimos. A partir de esta concepción antropológica de la cultura,[1] y de acuerdo con la teoría que sobre la sociedad manejen los distintos abordajes, podemos distinguir, como dice mi colega Gilberto Giménez,[2] entre las formas "objetivadas" de la cultura —es decir todo aquello que puede ser observable como los artefactos, los eventos como festividades, rituales, celebraciones y formas de relación entre personas y miembros de las familias (saludos y actitudes con los viejos, los niños y las mujeres)—, de las formas "subjetivas" o internalizadas, que han sido socialmente construidas, transformadas y compartidas por una sociedad completa o una parte de ella, a manera de principios, guías, creencias y valores que orientan el comportamiento público y privado.

Por estas razones se dice que la cultura es, a la vez, estructurada y estructurante. O, en otras palabras, por un lado la podemos ver actuando y, por otro, es también una fuerza invisible que ordena la forma de actuar ("niño, sáquese el dedo de la nariz..."; "niña, sírvale primero a su hermano").

Así como los humanos somos seres biológicos que tenemos un cuerpo que funciona de determinada manera con sus órganos, funciones vitales e instintos, puede hablarse de la cultura como una "segunda naturaleza".

Para ser completamente claros: así como nuestro cuerpo tiene órganos e impulsos nerviosos que nos permiten y ordenan alimentarnos para sobrevivir, la cultura aprendida, en gran parte heredada, nos dice cómo comer, lo que incluye desde la manera en que se preparan los alimentos hasta los utensilios que usamos para llevar la comida a la boca y la forma en que nos comportamos cuando comemos en público o en privado.

De esta concepción sobre la cultura derivan otros sentidos. El más común, el que entiende por cultura sólo aquella parte que se relaciona con obras de arte o con la adquisición de conocimientos formales ("es muy culto, sabe mucho"). Pero ésta es una visión muy parcial de lo que es cultura en una sociedad, si bien es la que domina en la vida diaria y en las políticas oficiales sobre la cultura. Desde la perspectiva de la antropología todo mundo participa de una cierta cultura, por el mero hecho de vivir en sociedad.

Ahora bien, en vista de que a lo largo de la historia humana han existido muchos tipos de sociedades, no es posible hablar de cultura en gene-

* Versión corregida y aumentada de la ponencia presentada por la autora en el ciclo de mesas redondas "Mujeres en la Cultura", organizado en el marco de la Segunda Feria Estatal de las Mujeres, Colima, 8 de marzo de 2001.

ral, igual que no se puede hablar de vida social en general. Aunque sean obvias, no es posible dejar de mencionar que las diferencias entre las sociedades realmente existentes tienen en su base la forma en que se organizan para llevar a cabo la producción material. No es lo mismo una sociedad que se alimenta de los frutos que recolecta o los peces que pesca y que vive en casas comunales con familias extensas, que otra sociedad, donde la mayor parte de la producción se hace en fábricas y la gente se reparte para vivir en ciudades y en pueblos y predomina la familia nuclear. La sociedad "recolectora", con sus métodos de repartir y de consumir los productos, está mas cerca de la equidad que del acopio monopólico propio de las sociedades capitalistas industriales, profundamente divididas, diversificadas y complejas, con muchos tipos de trabajos y de especialistas (en la religión, el arte, la política, la cuestión militar y la administración pública) donde la estructura social define a los grupos humanos en clases, estratos y jerarquías diferentes según su acceso a la riqueza, la propiedad, el control y el poder.

Lo importante —cuando se estudian los fenómenos de la cultura en sociedades desiguales y diversificadas— es la noción de que los distintos conjuntos de personas que trabajan y viven en los diversos espacios de la sociedad van transitando por un proceso de aprendizaje cultural de acuerdo a sus condiciones concretas.

¿Qué significa esto? Que las personas nacen en ciertas condiciones (son hijos de tal familia, que vive en tal lugar, que tiene un cierto ingreso por su tipo de trabajo, que va a tal escuela, que compra en tales tiendas, que acostumbra comer, rezar, hablar, celebrar, divertirse de una cierta manera) y por ende participan de configuraciones culturales que identifican a los diversos grupos, clases, estratos, etcétera, de acuerdo a las normas y patrones que comparten.

Las diferencias, como en el caso de México, son a veces abismales entre los grupos y clases sociales, empezando por el idioma que se habla y las herencias históricas que cargamos. Los mexicanos, cobijados por una *Constitución* que aparentemente nos iguala, no vemos las diferencias tan grandes que existen por obra y gracia del sector de la sociedad al que pertenecemos, y las experiencias compartidas tan diversas; somos distintos de acuerdo a nuestro acceso diferencial a las decisiones nacionales, a la propiedad de los bienes, a la ubicación en el trabajo, al consumo y reparto de la riqueza creada y a los intereses que defendemos de acuerdo a la mayor o menor lejanía de los círculos de poder.

Diferencias que producen separatismos de clase a su vez atravesados por diferencias étnicas y de género. Tenemos culturas indias, históricas y presentes, culturas locales y regionales, culturas burguesas, culturas populares, unas más beligerantes que otras en cuanto al control sobre sus modos de vida y sus modos de ser.

(No es lo mismo ser indio de museo que andar vivito y coleando, luchando porque lo dejen ser, como no es lo mismo ser dueño de la Bolsa de Valores que empleado nacionalista de Pemex.)

De acuerdo a esa base es que podemos afirmar que vivimos en un país multiétnico y multicultural, pero donde lo múltiple no sólo significa diversidad, sino distinción, separación, oposición y contradicción.

Las mujeres en la cultura

¿Dónde y cómo aparecemos las mujeres en esa complejidad social? Un rápido vistazo a unas cuantas cifras[3] nos orienta a ver que desde hace una treintena de años se viene dando un cambio en lo que a la "visibilidad" de las mujeres se refiere y a su presencia cada vez más firme en casi todos los espacios de la vida social. Siempre habíamos estado ahí, pero no siempre se nos contabilizó; o porque no cabíamos en las variables que tomaban en cuenta las estadísticas o porque no nos dejábamos ver; la mujer de su casa, hasta hace muy poco, era privada, no sólo porque tenía dueño, sino porque su espacio vital tenía por lo menos cuatro paredes. Ahora ya se cuentan a las mujeres que votan, que estudian, que se divorcian, que ejercen una profesión, que hacen política, que son jefas de familia, que se sindicalizan, que entran al seguro social, que emigran, etcétera. Los números andan todavía lejos de los que ubican a los hombres, aunque en otros ya los igualan. Las distancias siguen siendo grandes, sobre todo en lo que se refiere a los puestos de mayor responsabilidad, sean en el gobierno o en la empresa o en las instituciones públicas o privadas, en ciertas carreras universitarias y en las relaciones salariales. Las distancias varían y crecen según observemos a las mujeres en sus distintas ubicaciones (en el campo o en la ciudad, o como asalariadas, dueñas o trabajadoras por su cuenta).

Lo que me parece interesante de observar es la orientación que hasta ahora ha guiado la inserción de las mujeres en las cifras de escolaridad y de empleo, pues —y no estoy para nada descubriendo el hilo negro— el movimiento que hizo públicas a las mujeres tiene una fuerte

base cultural (sin menospreciar la importancia de la problemática socioeconómica y el peso de la organización de las mujeres que luchan por su emancipación).

¿Qué se supone sabemos hacer las mujeres? La creencia social dice que sabemos, o por lo menos que tenemos la sensibilidad para criar hijos, atender una casa con marido o padre, o ambos; tejer, bordar, cocinar, arreglar flores, barrer, poner y servir la mesa, cuidar enfermos, ayudar en las tareas escolares de los niños de la casa, poner buena cara al mal tiempo, ser tiernas, pacientes, amorosas, tolerantes, obedientes y calladas, además de declamar poesía, tocar el piano y cantar en las veladas familiares y sociales. Todo eso que sabemos, o sabíamos hacer, dependiendo de nuestra posición social y la época que nos tocó vivir, no necesariamente está dentro de nuestra "naturaleza", sino que es el resultado de un aprendizaje cultural que lleva por lo menos los siglos que tiene el desarrollo del pensamiento occidental de raíz judeo-cristiana.



Indudablemente que hay aptitudes relacionadas con la carga genética y la fisiología y anatomía femeninas (la obvia y evidente capacidad de tener hijos y de atender varios asuntos a la vez), pero lo que define a la feminidad que conocemos es su calidad de práctica cultural. Esa feminidad aprendida, una vez que se dieron las condiciones (familiares y sociales) para salir de la casa (paterna y conyugal) a estudiar y trabajar, ha guiado la selección de los estudios y trabajos: las carreras que más estudian las mujeres (en cifras que igualan o superan el 50%) son enfermería, ciencias sociales, administración, educación y humanidades. Y trabajamos en ocupaciones como costureras, sirvientas, enfermeras, maestras, psicólogas, secretarias, cocineras y obreras (textiles y en electrónica); pero somos también, y ante todo, promotoras culturales.

Nuestro papel como responsables de la educación de los niños en los años cruciales de su primera infancia, nos ha dado la autoridad para educar en el "deber ser" de la vida en sociedad y, en ese sentido, las mujeres-madres inoculamos la cultura, la manera de ver y vivir la vida, con todo su sistema de premios, castigos, prohibiciones, tabúes, reglas de etiqueta, manipulaciones y todo tipo de información, valiosa y mentirosa.

Las mujeres, dentro de la institución familiar, somos el vehículo por el que se reproduce la cultura que la sociedad recomienda, acepta y sanciona. Es en este sentido que somos promotoras culturales, si bien "informales" porque carecemos de ese título profesional para ejercer.

Las otras promotoras culturales, las profesionales, ocupan puestos en instituciones públicas y privadas que tienen que ver con la otra acepción del término "cultura", aquella que se identifica con la adquisición formal de conocimientos y con las bellas artes. La visión sobre la actividad cultural considera al objeto de su trabajo como un conjunto restringido de productos superiores del quehacer humano que pocas personas, talentosas y capaces, pueden producir y que la mayoría debe admirar para "cultivar-

se". Las mujeres en este campo, casi siempre pertenecientes a familias de las élites sociales, desarrollan las habilidades de su feminidad aprendida, especialmente su sensibilidad educada hacia la cuestión artística y su conocimiento de las redes sociales que puede usar para allegarse patrocinios y públicos.

Hay indudables excepciones, pero como tendencia dominante, la promoción de la cultura que en México se hace en museos, galerías y casas de cultura, tiene mucho de la idea de "llevar la cultura al pueblo", generalmente con una actitud contemplativa, incrementando el consumo de productos que han sido patrimonio de las élites y poco se preocupa por conocer otras expresiones, creaciones y acciones culturales que no siguen los modelos occidentales.

Así, un tipo de modelos de arte se adoptan sin crítica implicando una discriminación de las culturas locales y propias y de otros modelos artísticos, aceptando además que la cultura es algo que se inventó para ocupar el ocio de la gente. Y en esta selección de lo que se promueve en la actividad cultural ha estado prácticamente excluido el punto de vista de género; tanto en lo que se refiere a los valores que guían las actividades de promoción como a la manera en que son utilizadas las destrezas y, muchas veces, los "encantos" de las promotoras culturales por quienes dirigen las políticas culturales (más cerca de la visión de la mujer como objeto que como sujeto pensante, aunque desde luego existen funcionarias de la cultura que no caben en este estereotipo).

Ambos tipos de promotoras culturales, las que no saben que lo son y las profesionales, tienen (tenemos) así una enorme responsabilidad sobre sus hombros, precisamente por el lugar central en que se ubican sus talentos. Es menester una profunda reflexión que nos lleve a tomar conciencia de la necesidad de adoptar una actitud crítica ante lo que estamos reproduciendo como cultura, en un sentido o en otro, para ubicar claramente las necesidades reales de las mujeres y el uso que se ha hecho de nosotras y promover iniciativas culturales que pretendan nuevas formas de convivencia y de desarrollo para la población en su conjunto. Una reflexión así, de seguro removerá muchos pensamientos y actitudes que hemos creído son "naturales" y "normales". Si hacemos caso de la información que nos dice que el 26% de las mujeres rurales mayores de 15 años no saben escribir, que el 30% de mujeres indígenas es analfabeta y que el creciente número de jefas de familia se ocupan en el trabajo asalariado doméstico, dependientes en comercios, vendedoras ambulantes, agentes de ventas y burócratas; apenas un 1.6% como funcionarias de gobiernos locales y estatales, y únicamente un 3% como profesionistas,[4] que la oferta cultural en nuestro país es mayoritariamente enajenante, no participativa y divulgadora de mensajes que tienden a la inacción y el sometimiento, es obvia la ubicación de nuestras prioridades como promotoras de educación y cultura en nuestro papel de madres, hijas, abuelas, en fin, como mujeres activas y preocupadas. ♦

Notas

[1] La definición más utilizada y descriptiva de la cultura la formuló Edward B. Tylor en 1871. Aproximadamente un siglo después, los estudios de Clifford Geertz retomando a otros antropólogos, aportan y difunden una concepción que asume que los fenómenos culturales son esencialmente simbólicos y su estudio por tanto es de interpretación. Las revisiones más recientes introducen a la discusión la cuestión de las relaciones de poder y los contextos históricos donde hay que ubicar los estudios sobre la cultura.

[2] Varias conferencias y "La teoría y el análisis de la cultura. Problemas teóricos y metodológicos", en Jorge A. González y Jesús Galindo (coordinadores), *Metodología y cultura*, colección "Pensar la Cultura", Seminario de Estudios de la Cultura, DGCP/ CONACULTA, México, 1994.

[3] De los años sesenta a los noventa del siglo veinte, la fecundidad por mujer bajó de 7 hijos a 2.5 en promedio, y su esperanza de vida aumentó a 77 años (cuando en 1930 era de 38), lo que es casi igual que decir que la mujer tiene en teoría más tiempo para otras labores fuera de la crianza. Las que buscan tener algo de instrucción escolar están en un 53% en primaria y en secundaria; 39.1% en preparatorias y licenciaturas. Desafortunadamente un 59.5% de las mujeres siguen sin recibir instrucción (más alto que el de los hombres), 12.7% es analfabeta (cifra que crece al 30% en entidades netamente indígenas como Oaxaca, Chiapas y Guerrero, mientras que la cifra para los hombres es la mitad) y 26% de las mujeres rurales de 15 años y más no saben leer ni escribir, contra 9% de las mujeres urbanas. Hay 39.2% estudiando licenciaturas en universidades públicas y un mayor número de mujeres, 45.7%, en universidades privadas; posiblemente las mujeres de estratos sociales altos. Como trabajadoras participan con un 35% de la fuerza de trabajo, (eran el 17% en 1979) y predominan las mujeres solteras o sin hijos. Los hogares jefaturados por mujeres son ya el 20% en las ciudades de más de 20 mil habitantes (casi el 19% en el resto de ciudades). Las cifras están tomadas de los artículos "La situación de las mujeres en México", de Guadalupe Gómez Maganda, y "Algunas cifras sobre las mujeres en el umbral del nuevo siglo y del nuevo milenio", de Elena Urrutia, en *GénEros* 21, año 7, junio de 2000.

[4] En Ana Lau, "El nuevo movimiento feminista mexicano a finales del milenio", en Eli Bartra, *et al. Feminismo en México, ayer y hoy*, colección "Molinos de Viento" 130, UAM, México, 2000, p. 32.